



SERMON

DE DOLORES,

predicado á la ciudad en el Oratorio
de S. Felipe de Granada.

*Idcirco ego plorans , et oculus meus
deducens aquas , quia longè factus est
à me consolator facti sunt filii
mei perditii quoniam invaluit inimicus.
Thren. I. XVI.*

Por tanto lloro , y mis ojos vierten lá-
grimas , porque mi consolador se ha
retirado mucho....mis hijos andan
perdidos por haber prevalecido el
enemigo.

Tales son, gravísimo y nobilísimo se-
nado, sábia y religiosa familia, congre-

so ilustre, tales son , repito, las causas
que por boca de Jeremías alega para
sus lamentos la ciudad santa de Je-
rusalén por la ruina de su santuario
y cautividad de sus hijos ; y estos mis-
mos son los dos poderosos motivos que
causaron el dolor y la afliccion de Ma-
ría santísima sobre el monte Calvario,
á presencia de la pasion y muerte de
su adorable Hijo. Yo no haré mas que
exponer brevemente estas dos causas
de sus justos Dolores para promover
vuestra edificacion y santificacion. He
dicho *justos Dolores* , para ponerlos
á cubierto del delirio de los estói-
cos , que por hacernos constantes , nos
pretenden insensibles ; y de la cen-
sura de algunos hereges , cuyo dictá-
men abrazan con teson los espíritus
fuertes de nuestros dias (prontos siem-
pre á adoptar todo lo que se opone
al culto , á la devocion y á la pie-
dad), que insultan con mordacidad á
los monges y frayles , porque con la
memoria de los Dolores y lamentos de

María al pie de la cruz se esfuerzan á sacar lágrimas y compungir el corazón de los fieles. Hé aqui ; Madre mia! uno de los delitos enormes que tenemos los frayles en el concepto de los hereges y libertinos , ser devotos y panegiristas de vuestros Dolores. Estos bellos espíritus , que tal vez no se desdeñarían llorar la muerte de Adónis , como las mugeres infames que vió el profeta Ezequiél, miran con impaciencia , y como cierta especie de fanatismo , que se anuncien al pueblo cristiano vuestros Dolores interiores sobre el monte Calvario (1). Pero dexemos delirar á estos impíos , y reflexionemos por un momento sobre

(1) Esta fiesta se estableció en 1423 en el canon 11 del concilio de Colonia, para reparar las insolencias de los husitas , que habian quemado las imágenes de Jesucristo crucificado y de su Madre Dolorosa. Ballet. tract. de la devocion á la Virgen. p. 11. c. 8.

la pasión y muerte del Hijo de Dios nuestro Hacedor , y sobre la ruina de los malos, que fueron segun las palabras de mi tema , las dos causas de la compasion de María ; pues haria yo agravio á vuestra piedad si quisiera detenerme mucho á refutar estos espíritus , no tanto fuertes como rebeldes ; principalmente hablando á una ciudad , y á presencia de unos habitantes acostumbrados desde su tierna infancia á ofrecer los mas rendidos homenages á la Madre del Omnipotente , consagrándose por esclavos de sus dolores , y gloriándose de esta denominacion como de su mas honroso título. Encended mis palabras , ¡ó Dios de toda bondad , y purificad mis labios como los de vuestro profeta , para que dignamente pueda anunciar á los mortales el sacrificio del Calvario , y moverlos á penitencia de sus culpas. Asi os lo pedimos por la intercesion poderosa de vuestra augusta Madre y nuestra María santísima , á quien in-

vocamos y saludamos con el ángel.

Ave María.
Idcirco ego plorans &c.

Y esucristo, Hijo de Dios vivo, cabeza y exemplar de los predestinados, y primogénito entre su hermanos los fieles, queriendo cual médico omnipotente curar á costa de su sangre preciosísima al deplorable enfermo del género humano; venida la plenitud del tiempo en que debía obrar nuestra redención eterna, con arreglo á las escrituras y oráculos de los profetas, es entregado en manos de los pecadores, al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre. Avivad vuestra fé por un momento, y considerad á vuestro Salvador que ha cargado sobre sí todos nuestros pecados, y que va como otro Abél y otro Josef á ser víctima de la envidia y

el furor de sus mismos hermanos, ligado como otro Sanson con fuertes vínculos, cargado como otro Isaac con la leña para el sacrificio, obscurecida la hermosura de su rostro con el sudor de sangre y salivas inmundas, cubierto de llagas á manera de un leproso, oprimido, como baxo una viga de lagar, con el peso de la santa cruz, vestido á lo ridículo como rey de burlas, mofado con injurias, coronado de espinas, hecho el oprobrio de Israel, extendido sobre un duro leño, donde va á ser crucificado; conculcado y despreciado el Excelso sobre todas las gentes, clamando á grandes voces por el desamparo en que se halla, abierto su costado como el pelicano del desierto, y derramando sangre hasta la tierra.

Tal es, ilustrísimo señor, el triste y lamentable espectáculo que se presenta á los ojos de María y á los de nuestra fe sobre el monte Calvario. Aquí desearia yo se hubiesen ha-

llado presentes los pretendidos *spiritus fuertes*, que por una especie de afectacion estóica miran los dolores, lamentos y compasion de María como descrédito de su constancia, y deshonor de su magnanimidad. A vosotros apelo, presuntuosos críticos; ceñíos á responderme. El benigno Samuel llora sin ignomia sobre la infelicidad del rey Saúl, este monarca impío reprobado por Dios: David sin descrédito suyo exclama lleno de afliccion y de amargura por la muerte de Absalon, este hijo rebelde y perseguidor de su padre. ¿Pero qué mucho? El mismo Jesucristo se lamenta y aun llora, sin deshonor de su constancia, sobre la ruina de Jerusalén y sobre Lázaro muerto, viva imágen de un pecador. ¿Por qué será, os ruego, oprobrio de la fortaleza de María manifestar su compasion por la muerte afrentosa del Santo de los santos, su Unigénito, en quien se miraba y complacia, cuya ino-

encia reconoce, cuyo inmenso amor experimenta, su Bienhechor, su Padre, su Criador y sus delicias? ¿Qué, los ángeles de paz, segun el vaticinio de Isaías, debian sentir amargamente la muerte de Jesucristo, y no María su verdadera Madre? ¿Rehusaria por ventura pagar el tributo de compasion y de lágrimas que le habia Dios intimado por Zacarías, por el Eclesiástico, y por Jeremías en la muerte de este su Unigénito, que lo era Dios juntamente? Lejos de aqui, ideas insensatas.

Yo, señores, veo al santo Job, que al tiempo de recibir la noticia de la muerte de sus hijos rompe sus vestiduras, y corta sus cabellos en señal de dolor: veo al patriarca Jacob romper igualmente sus vestidos, cubrirse de cilicios, y protestar que su dolor le acompañaria hasta el sepulcro cuando le fue mostrada la túnica de su hijo Josef llena de sangre: veo asimismo al real Profeta llorar amarga-

mente en la muerte de Saúl su perseguidor, y en la quema de Siceleg; ¿cómo negarémos á la Madre del Omnipotente la justa compasion por la muerte de su Hijo? A pesar pues de la perfidia de los enemigos declarados de los dolores de María, yo me represento á esta afligida Madre clamando en esta ocasion con Jeremías: ¿quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar de día y noche mi Hijo á quien han muerto? La luz de mis ojos ha desfallecido, y ya no está conmigo. Las aguas de esta tribulacion han penetrado é inundado hasta lo íntimo de mi alma; O vosotros viadores y pasajeros, atended y ved todos si hay dolor semejante á mi dolor! ¿Habeis visto por ventura al amado de mi alma? ¿Cuál es tu morada, dulce dueño de mi corazon, en el mediodía de mis penas? Yo te amaba como una madre ama á su hijo, segun la expresion del real Profeta: y á un Hijo todo amable, to-

do apetecible, todo apreciable; busco, y no hallo con quien dividir mis aflicciones, ni quien me consuele sobre la tierra, porque mi consolador se ha retirado mucho: recibid mis lágrimas, Dios de mi corazon, y ponedlas en vuestra presencia por público testimonio de mi amor.

En esta ocasion, señores, desearia yo aquel torrente de amargura que pedia con instancia el Profeta, no tanto para llorar como él las calamidades públicas de su pueblo (aunque no son poco urgentes las del mio), quanto para lamentarme al ver la insensibilidad de los mortales á presencia de un Dios Hombre desfalleciente, cargado de oprobrios é ignominias, y de su tierna Madre oprimida con tanto dolor, que si se hubiera dividido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, las hubiera hecho morir, como dice un padre de la iglesia. Quando yo veo pues al sumo sacerdote Helí morir instantáneamente de dolor al oír

la cautividad del arca del testamento cuando veo á un S. Gregorio Niceno deshecho en lágrimas al contemplar la imagen de Isaac, figura de Jesucristo, y á una santa Paula, que no podía mirar los lugares de la pasión del Señor sin deshacéirse en amargo llanto; y leo al mismo tiempo en las tablas de vuestro corazón la extraña indolencia con que observais la muerte del Unigénito de Dios, no puedo dexar de exclamar con Jeremías: asombraos, cielos, al ver un tal prodigio de insensibilidad. La tierra gime, tiembla y se estreméce con temerosos vaivenes; las piedras se chocan fuertemente y se deshacen; el velo del templo se rompe con ímpetu violento, dexando patente á los ojos profanos el propiciatorio del Señor; los sepulcros se abren arrojando de sus entrañas los cuerpos de muchos santos que encerraban; se viste el cielo de funesta pompa, y esparciendo negras y densas nubes, dexa rodeada la tierra de espantosas

tinieblas, y al dia convertido en una obscura noche, con terror y asombro del corazón humano; toda la naturaleza se altera y da las mas claras muestras de sentimientos en la muerte de su Hacedor; finalmente la Madre de misericordia está anegada en un mar de afliccion y de dolor á vista de su Hijo humillado por Dios, sacrificado á su justicia, y hecho víctima de nuestros pecados. Solo el corazón del hombre, este caos profundo de ingratitude, se manifiesta insensible. ¿Pero qué mucho? ¿Ó mi Dios! conoció el buey á su dueño y poseedor en el tiempo mismo que Israel, segun el Profeta, os desconoció; y cuando aun las cosas insensibles manifiestan mudamente su dolor, la mayor parte de los mortales conspira, segun parece, á renovar de su parte vuestras penas y las de María, crucificándoos de nuevo con pecados, como testifica S. Pablo, y atesorando por este medio vuestra ira y su ruina. Hé aqui, ilustrísimo señor, la se-

gunda causa de los dolores de María, que paso á exponeros con la posible brevedad. Esta Jerusalén mística registra desde el Calvario la perdicion de sus hijos por la prepotencia del comun enemigo. Vé que esta es su hora y la del poder de las tinieblas; vé que los apóstoles, estos hombres escogidos por Dios para tan alto ministerio; estos hombres, repito, á quienes debe confiar las llaves del reino del cielo; estos hombres testigos de los milagros de Jesucristo, que han oido sobre el Jordan la voz del Padre celestial declararle Hijo suyo muy amado, y tierno objeto de sus complacencias, que han visto sobre el Tabor los resplandores de su gloria; estos hombres ilustrados y favorecidos con gracias tan singulares, á quienes ha librado de un naufragio inevitable; estos hombres á quienes ha hecho participantes de su cuerpo y sangre; estos hombres en fin, á quienes ha recostado sobre su mismo pecho, abandonan vergonzosamente á

su Maestro en el tiempo de la tribulacion y del oprobrio; uno le vende, otro le niega, y todos huyen cuando va á ser víctima del furor de sus enemigos; Qué cáliz de afliccion para María! ; qué espada tan penetrante para su alma! ; qué objeto tan lúgubre para su amor! Herido el Pastor, ¡ó dulce Madre mia! es consiguiete la dispersion del rebaño, como lo anunció Zacarías; y cuando le veais espirar sobre una cruz, os hallaréis desamparada de todos vuestros amigos. Con razon pues podeis exclamar con el Profeta: mi corazon está turbado, y me han desamparado mis fuerzas. ¡Ó Hijo de mis entrañas; ó si se me concediera que muriese yo por vos! ; Vos, precioso fruto de mi vientre, y dulce dueño de mi alma, derramando la sangre que os proveí de mis entrañas para redimir al hombre, y este mismo rebelado contra vos, desmereciendo con nuevos crímenes tan inefable redencion? ; Son estas las delicias que os

prometiáis entre los hijos de los hombres? Esta sola consideración embriaga mi alma. Si es posible, Padre mio, pase de mí el amargo cáliz de la ingratitude del hombre.

¿Que no tenga yo, señores, la elocuencia de los Naciencenos, Ambrosios y Crisóstomos, junto con la vehemencia de los Pablos y de los Gerónimos, para representaros al vivo este segundo origen de los dolores de María, mucho mas urgente á cierto respecto, y mas funesto que el primero? Consultemos brevemente las santas escrituras y las sentencias de los padres. Segun aquellas el Unigénito de Dios debía morir por los hombres para redimirlos á costa de su sangre; á este sacrificio se habia ofrecido voluntariamente, anunciándolo por sus profetas: este adorable testamento, señores, debía cumplirse con la muerte del testador, segun S. Pablo. María santísima asimismo, para conformarse á la voluntad de Dios, debía acceder

á esta sentencia de la justicia del Padre, y aun contribuir, segun algunos padres, á la pasión y muerte de su Unigénito en caso necesario. Miraba pues como indispensable el sacrificio del Salvador de los hombres, segun los divinos oráculos. Sentia esta muerte, y lloraba como Madre, sin que podamos negar este tributo á su naturaleza. Mas sabia que bastaba para redimir al hombre, que el Pontífice Eterno entrase una vez en el santuario á ofrecer á su Padre celestial la oblacion y sacrificio de su sangre, toda inmaculada é inocente. Esperaba tambien verle antes de mucho coronado de gloria, y triunfante de sus enemigos; objeto adorable que consolaba algun tanto sus dolores. Mas cuando considera que ha de prevalecer por algun tiempo el enemigo; cuando reflexiona sobre la pérdida de sus hijos; cuando contempla ha de perderse en muchos el precio inestimable de esta sangre; cuando atiende finalmente á que sus hijos

Los fieles, de acuerdo con los idólatras y hereges, han de conspirar á renovar con sus pecados la muerte de Jesucristo y la ignominia del Calvario, se llena de amargura y de tristeza inconsolable. ¡Horrible iniquidad! Tú renuevas cada dia la pasion y muerte afrentosa de mi Salvador, aumentando los dolores de María.

Yo no lo digo, señores, sino el apóstol S. Pablo, órgano del Espíritu Santo: con vuestras culpas volveis á crucificar á Jesucristo dentro de vosotros mismos, y á renovar por consiguiénte los dolores de María santísima, que con espíritu de profecía penetró desde el Calvario los crímenes de todas las naciones, y de Judas vendiendo á su Maestro, y haciéndole traicion por el vil precio de una pasion favorita, por el baxo interes de un deseo frívolo. Vió á muchos Pilatos, que por vanos respetos, y por miedo de desagradar á los grandes, faltarian á la equidad y á la justicia, condenan-

do la inocencia. Vió muchos fariseos y escribas hablando en tono de oráculos de la pureza del culto, de la disciplina mas severa, de la reforma de costumbres, sin arreglar jamas las suyas, y sin dexar de injuriar á Jesucristo y á sus verdaderos discípulos. Vió á muchos Herodes, que tratando á lo burlesco al Salvador y los misterios inefables de su religion, harian desprecio del evangelio, del santuario, de sus ministros, y de todas las obras de devocion y de piedad. Vió á los Nerones, Maxîmianos, Dioclecianos y Julianos, estos monstruos de la naturaleza, sedientos de sangre de cristianos, y empeñados en obscurecer el Nombre adorable de Jesucristo. Vió á los judíos siempre obstinados y pertinaces en negar la fe del Salvador, y los oráculos de los profetas que hablan de su venida. Vió á los Arrios, Nestorios, Pelagios, Albigenses, Husitas, Luteros y Calvinos rasgando la túnica inconsutil de Jesucristo,

sembrando la cizaña, el error y la mentira en el campo de la iglesia, y atrayendo á los verdaderos israelitas á los concursos de Babilonia y al campo de los mohabitas con engaños. Vió ácia los últimos tiempos una nube opaca de libertinos, deístas, políticos, naturalistas, y ateistas prácticos, estos precursores del Antecristo, y apóstoles de la sensualidad, si me es lícito usar de esta expresion, que moverian todos los ardides de una infernal astucia para extinguir la religion y la piedad, y arruinar por sus más profundos cimientos el altar, el santuario, el orden y el estado. ¿Qué mas? Vió, para decirlo de una vez, que toda la carne, no menos que en tiempo de Noé, habia de corromper sus caminos, y que siendo todos llamados, serian escogidos muy pocos. Todas estas injurias que en el transcurso de los siglos habian de cometer los hombres contra Jesucristo, su Dios, su Criador, su Redentor y su Padre, hicie-

ron la mas viva impresion en el corazon de María al pie de la cruz; llenaron de afliccion su ánimo, de amargura su espíritu compasivo, su interior de penas é imponderables dolores; pues no solo toca la pasion y muerte ignominiosa de su Unigénito por la salud del hombre, sino que prevee la perdicion y ruina de unos hijos ingratos, por quienes padece y muere lleno todo de amor: *idcirco ego plorans, et oculus deduceps aquas, quia longe factus est à me consolator... facti sunt filii mei perditii, quoniam invaluit inimicus.*

Tales son, ilustrísimo señor, las causas urgentísimas que producen los dolores de María sobre el monte Calvario. No es pues una compasion superficial, como la pérdida de la salud, del oro, de una belleza frágil, de una vil criatura ú otros miserables objetos de esta naturaleza, lo que produce las aflicciones de María. Estos son objetos despreciables, que solo pueden hacer impresion en el ánimo de los preten-

didos espíritus fuertes, y de los mundanos de profesion. La pasion dolorosa de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, el abandono y desprecio de la sangre del Salvador, la ceguedad, la infidelidad, la ruina de las almas, es solamente lo que produce la amargura y afliccion de nuestra Madre dolorosa; y los mismos objetos deben llenarnos á nosotros de compuncion y de dolor. Entremos pues, os ruego, en los sentimientos de la iglesia y en las intenciones de Dios, cuando expone á los ojos de nuestra fe la pasion y muerte de su Hijo, y los dolores de su santa Madre. No es una mera compasion á vista de unas penas que son ya pasadas la que nos intima, sino un vehemente dolor en la amarga consideracion de nuestras culpas, artifice y executor de esta lamentable tragedia.

Augusta y soberana Madre, echad sobre nosotros vuestros ojos de misericordia. *Pecamos; hemos cometido iniquidades; hemos errado las verdaderas sen-*

das; hemos malogrado el fruto de la Sangre preciosísima de vuestro Hijo y su copiosa redencion; hemos conspirado muchas veces á renovar con nuestras culpas su crucifixion y vuestros dolores: ya no somos dignos de llamarnos vuestros hijos. Mas volvemos arrepentidos. ¿Nos desampararéis? ¿O Madre mia! ¿Nos dexaréis caer en las fauces de sataná? ¿Descenderemos al abismo llenos de oprobrio? ¿Renunciareis del título de *Abogada de pecadores*? Aqui de vuestra clemencia, de vuestra benignidad y misericordia. Dirigidnos, fomentadnos, extended sobre nosotros vuestro patrocinio, encaminad á Dios nuestras súplicas; hacenos finalmente concebir una alta estimacion de vuestros dolores y de la *pasion* de nuestro Redentor Jesucristo, que nosotros desde ahora protestamos solemnemente, á presencia de Dios y de los ángeles, que serán detestadas las culpas; abominamos el cuerpo del pecado, y confesamos abiertamente

que solo á Dios se debe el honor,
la virtud, la fortaleza, la gloria y
la alabanza por los siglos de los si-
glos. Amen. DIXE.

SERMON
DE LA ASUNCION

DE MARÍA SANTÍSIMA,

predicado en la villa de Almoixía, mi
patria.

*Quæ est ista, quæ ascendit de deserto
deliciis afflues, innixa supra dilec-
tum filium? Cant. VIII. 5.*

Si alguna vez, amada patria mia, coro
respetable, ilustre villa, piadosos oyen-
tes; si alguna vez, repito, desearia yo
tener la elocuencia de los Demóstenes,
Tulios, Ambrosios y Crisóstomos, jun-
to con la vehemencia de los Paulos,
Atanasios y Gerónimos, principalmen-
te en aquel dia, en que de acuerdo con